

CAROLINA MATURANA-FUENTEALBA
Editora

MIGRANTE

Fragmentos_de una_experiencia





Proyecto financiado por el Fondo del Libro y la Lectura 2025. Línea de Fomento a la Industria, Modalidad Apoyo a Ediciones - Edición de libro experimental.

Migrante:

Fragmentos de una experiencia

Participan en la publicación

Paola Medina. Xalapa, México

Yolanda Quispe*. Barranca, Perú

Andrea Sienkiewicz. Tucumán, Argentina

Teresa Rosario*. San Cristóbal, República Dominicana

Dagne Cobo. La Guaira, Venezuela

© Carolina Maturana Fuentealba, 2025

Editora

I.S.B.N.: 978-956-396-XXXXXX

© Editorial Cuarto Propio

Sargento Aldea 341,

Barrio Matta Sur, Santiago Centro.

Fono: +56 264692486

www.cuartopropio.com

Diseño y diagramación:

Nida. Territorio y GDiseña

Impresión:

Trama Impresores

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1era edición, 500 ejemplares, enero 2025.

* Los nombres han sido anonimizados, a petición de las participantes.

PAOLA

TERESA

DAGNE

YOLANDA

ANDREA

PRESENTACIÓN

Al migrar emprendemos un camino buscando un horizonte, esta idea generalizada se queda perenne en las personas en movimiento frente a lo desconocido, lo que deviene a esta idea es la búsqueda consciente o inconsciente de algo que evite la sensación de pérdida, una suerte de certeza que apacigue la adrenalina previa a lo extraño.

El horizonte como metáfora se ha asociado al progreso y a un futuro esperanzador, pero en la búsqueda lo inesperado siempre es una posibilidad, la contingencia puede sorprender incluso al/la viajero/a más osado/a, cuando lo que se busca no se encuentra o lo que se encuentra no guarda ninguna relación con lo que se deja atrás.

Ese extrañamiento tiene como anhelo la búsqueda incesante de un marco de comprensión, algo que permita sostenerse en medio de la nada ocupada, en este sentido, el espacio juega un rol fundamental, porque cuando nos referimos a la nada ocupada nos referimos a esa costumbre de entender el espacio como un escenario neutro que es ocupado por nuestros cuerpos y objetos.

No obstante, este libro y los relatos que contiene nos demuestran que el espacio es un producto social, es el resultado de la acción social, de las prácticas y las relaciones, en otras palabras, es parte de las experiencias sociales.

Al igual que para las protagonistas de este libro, no sabía que mi búsqueda tenía que ver con el paisaje, solo

logré entenderlo, tras mis partidas, la experimentación del contraste contundente que genera la geografía, cruzando la montaña como instrumento de navegación y descubriendo que se está buscando justo lo que se está dejando atrás.

En mi caso, los Cerros Orientales, como tópico geográfico que sigue una dirección sur - norte situado al Oriente de Bogotá, otorga a los y las transeúntes un innegable sentido de la ubicación. Una vez desaparece esta frontera natural, producto de mi migración, aparece el sentimiento no solo de desorientación, aparece la desolación, me enfrento a la impávida y extensa pampa Argentina; esta angustiosa situación solo se alivió una vez logré reconocer la Cordillera de Los Andes, en el trayecto entre Argentina y Chile.

Aunque en apariencia nos estamos precipitando a abordar la nostalgia o la tristeza melancólica propia del recuerdo de lo perdido, a lo que nos referimos en este punto es a la capacidad con la que cuentan los espacios para determinar quien pertenece a un lugar y quién queda excluido, no podemos dejar de reiterar que los espacios surgen de las relaciones de poder, relaciones que establecen normas, normas que definen límites.

Entonces la Cordillera como tópico compartido posibilita la generación de una identidad capaz de superar las distinciones y, por ello, facilita la posibilidad de cambio. Entendiendo con esto que la identidad es fluida y transitoria, y está basada en fragmentos de recuerdos de lugares, deseos y experiencias, y que toda idea está situada y tiene un contexto.

Esta identidad que reivindica la Cordillera es un acto político, entendiendo que la política se desprende de la comprensión de una localización común, en este sentido, Elsbeth Probyn, afirma que la política de la localización depende de «donde hablamos y de cuáles son las voces con autoridad para expresarse» (1990: 178), claramente no todas las mujeres migrantes tenemos la misma voz.

En lo concreto, este libro da cuenta de la deconstrucción de las identidades migrantes, las mismas que nos precipitan al estudio de la historia de los espacios y la historia del poder, el movimiento actual de personas ha generado la renovación de los enclaves defensivos y excluyentes, que reactualizan el argumento nacionalista de la Cordillera como barrera de aislamiento antes que como cordón umbilical.

Karem Andrea Pérez Ascencio

Profesional en Historia y Memoria, Especialista en Estudios Internacionales y Gestión Humanitaria.

Migrante Bogotana radicada en Santiago - Chile

APERTURA

MIGRANTE. FRAGMENTOS DE UNA EXPERIENCIA

La palabra evidencia proviene del latín evidētia, que a su vez deriva de “ēvidens”, que significa “visible”, “manifiesto” u “obvio”. En esencia, una “evidencia” implica algo que es claro y evidente para la comprensión. Se presume que debería existir consenso respecto de su certeza y verdad.

La raíz etimológica de la palabra experiencia (lat. *experientia*) hace referencia al conocimiento adquirido por las circunstancias o situaciones vividas por una persona. Se trata de algo subjetivo que no se puede ver tan fácilmente, menos aún presuponer que existe un consenso respecto de su certeza y verdad.

En el ámbito de la investigación y comunicación científica, la experiencia ha sido escasamente considerada y valorada como evidencia, dada su subjetividad. Tanto en el mundo académico como en el de la institucionalidad del saber, prevalece y se reserva el dominio del saber y de la verdad a la objetividad y a los acuerdos de verdades únicas y comprobables, validando(se) sólo un tipo y nivel de evidencia y método. Esto, complica la posibilidad de integrar completamente, opciones de construir, analizar y leer la realidad que se diferencien de las reglas de las ciencias básicas y exactas.

En el marco de investigaciones que buscan la incidencia pública sobre temas de interés ciudadano, se plantea la necesidad de rescatar lo que las personas que son sujetos de las experiencias que se quieren resolver, experimentan, recogen y observan. Se reconoce que su experiencia puede no ser suficientemente robusta para apuntalar e informar por sí sola una política pública, pero sí tiene que participar en los espacios de discusión. Al no hacerlo, las personas no verán su experiencia reconocida en el debate.

Frente a esta realidad, en Nida.Territorio nos hemos planteado recoger y posicionar la experiencia vivida como capital de conocimiento significativo a ser atendido,

poniendo en circulación productos que, por medio de narrativas divergentes, permitan descubrir las historias humanas tras los hechos.

En este marco, esta publicación divulga las experiencias de migración de cinco mujeres, migrantes, y latinas, tres motivos específicos para quedar expuestas a la invisibilización. Cinco experiencias disímiles recogidas en Santiago de Chile, entre 2016 y 2025, que dan cuenta de una realidad heterogénea y particular. Mujeres que, si bien se desplazaron a Chile por razones y en condiciones variadas, comparten vivencias de desarraigo, nostalgia, extrañamiento y diversas formas de no-reconocimiento y extranjería.

De esta manera, *Migrante: fragmentos de una experiencia* se propone como un libro que conecta con la escala humana de la migración, enfatizando la importancia de cada trayectoria personal. La publicación se estructura en torno a tres cuerpos distintos pero interconectados: relatos en primera persona, fotopostales y una cartografía desplegable.

En el primer cuerpo, textos en primera persona hablan con las voces de las protagonistas sobre las razones de salir de sus países de origen, el viaje, la nostalgia, la adaptación y la (re)construcción de una nueva identidad, permitiendo a los lectores conocer el sentir de cada una de ellas.

En el segundo cuerpo, reflexiones visuales en formato postal permiten aproximarse a cada experiencia en un formato donde la imagen predomina por sobre el texto.

Y el tercer y último cuerpo, sintetiza y resalta algunos elementos que conectan las historias migrantes

individuales de las mujeres con la escala más amplia de la ciudad y el continente, en una cartografía.

A través de esta publicación, esperamos que las y los lectores puedan empatizar con las protagonistas y reconocer el valor intrínseco de sus historias, entendiendo que cada una de ellas aporta una pieza única al mosaico social y cultural de nuestra sociedad. Esperamos que la manera de presentar sus experiencias a través del juego entre texto e imagen, permita conectar con lo sensible, íntimo y profundo de estas.

Buscamos crear afectaciones mutuas y producir un extrañamiento en un mundo de consumo masivo de imágenes críticas sobre la migración.

Propiciar nuevas preguntas sobre el desplazamiento humano y buscar posibles respuestas en las experiencias presentadas, antes de convertirles en un número, en una tabla, o un punto en un mapa, elementos que nos pueden acercar a la comprensión del mundo, pero no pueden capturar verdadera y completamente la complejidad del mismo.

Por último, contribuir a la formación de una sociedad que no se conforme sólo con los datos cuantitativos, y que demande cada vez más su cruce con la experiencia y la subjetividad. No nos cabe duda que es un aporte para avanzar hacia una sociedad más sensible, empática y humana.

Carolina Maturana-Fuentealba
Nida.Territorio
Santiago, 2025

Paola

Una mujer puede irse sin dar explicaciones.
Una mujer puede irse.

Gran parte de mi vida ignoré esa posibilidad,
pero hoy sé que una mujer puede irse,
fugarse,
caminar hasta desaparecer,
dirigirse a un punto indeterminado en la lejanía,
evaporarse de la faz de la tierra
(conocida).

Una mujer puede irse sin dar explicaciones.

Nací en Xalapa, una ciudad lluviosa, húmeda, verde. En mi casa germina moho en la azotea y plantas pequeñitas en las grietas de la fachada. Me fui de la ciudad moho a los 18, pero en realidad no me fui nunca, no me he ido nunca. Vuelvo constantemente, siempre por convicción. Desde hace 10 años que volé como las esporas de los helechos que abundan en los parques xalapeños, pero el liquen nunca sale del cuerpo, se aferra a mis huesos como a las piedras, las banquetas y los troncos de las hayas. El moho jamás y nunca deja de extrañar.

Llegué aquí por una intuición que se estuvo construyendo con lentitud. Cada tanto llegaban señales y pistas que se empezaron a acumular. Una serie de provocaciones que seducen, una fuerza gravitacional, una flecha que señala: abajo.

Así, comencé el 2022 matriculándome en un postgrado en Arte para conseguir los permisos de seguir las intuiciones (nunca he sido muy rebelde), y, sobre todo, para tener algo que decir cuando llegara (y llegó y sigue llegando todos los días) el “¿qué haces aquí?”. No se puede transparentar una intuición sin arruinarla.

Llegué movilizada por un deseo que – todavía, tres años después – no termino de apalabrar, pero que afortunadamente – todavía, tres años después – se sigue comunicando solo, en su geográfico y magnético lenguaje.

El primer departamento que habité en Santiago lo compartí con una diseñadora y música llamada Malena y con su gata, Perla María. Perla María, siempre por las malas, me enseñó la valentía que hay en portarse pésimo, el valor de vivir regida por la propia y santa voluntad de ser una fiera en negociada libertad.

Los primeros meses de mi llegada, solitarios todavía y bajo un invierno atroz, los pasé muy cerca de la gata salvaje. No es menor lo que Malena con su hermosa voz de cantante, y Perla María con sus maullidos de horror, hicieron por mí. No sé si la valentía se aprende, pero con toda certeza se contagia.

Cuando conocí el norte de este sur, entendí algunas cosas. Contemplábamos el atardecer desde un estacionamiento abandonado. El sol iluminaba la punta de uno de los infinitos cerros que nos rodeaban, coloreándola de un naranja escandaloso. Apunté al monte de tierra que brillaba con luz propia:

“Por eso me vine a este país”, le dije a G. Y se sintió cierto, pero no del todo.

No sé qué es un país, nadie sabe. Es una de esas ficciones colectivamente acordadas que esencialmente ignoramos, es una idea tan insostenible que se desmorona apenas una la pisa con ambos pies. En cambio, el paisaje es contundente. Yo no sabía que mi búsqueda tenía que ver con el paisaje, hasta ese día. Ahora todo me parece una pregunta sobre el paisaje, desde el paisaje, por el paisaje. La de cosas que hace una por el paisaje. La de cosas que haría yo por ese cerro naranja, por el zigzag de la carretera, por el panadero que nos dio un aventón en su camioneta hasta aquí. La de cosas que se vuelve una, cuando se asume la responsabilidad de ser parte de un ensamble vivo.

“La verdad es que somos apenas paisaje”, se queja Nicanor Parra, pero yo no encuentro una ambición más grande, un anhelo más vasto. No le debo belleza a nadie, excepto a la punta naranja de aquel cerro, a ella le debo ser hermosa porque me he atrevido a mirarla y en consecuencia a ser mirada por ella. Tengo, entonces, la responsabilidad de ser hermosa y ser sensata y ser gentil y hacer las cosas bien. Yo vergüenzas no vine a pasar.

Todas migramos, pero no de la misma manera. Ha sido extraño sentirme bien recibida en un país que constantemente se prueba tan aterrado de la otredad. A sus ojos yo siempre soy una buena migrante: una que llegó en avión, con visa, con RUT, con plata y sin desesperación. ¿Qué hace mi deseo distinto al de las otras?, ¿qué le da más validez?, ¿qué hace que mi curiosidad sea más digna de existir? Si el anhelo más humano – el de mirar al horizonte y caminar hacia él –, está reservado para tan pocas de nosotras... el poder escribir de todo ello en primera persona es un enorme privilegio.

No doy por sentado el espacio que ocupan estas líneas. Las agradezco y las atesoro, no sin preguntarme si realmente debería ocuparlas yo.

No todos nuestros anhelos caben en este pequeño libro, pero sí deberían caber con dignidad en este país.

Me gustaría que a mi solicitud de Residencia Definitiva pudiera adjuntarle el video de cuando bailé una cueca en una fonda de Cartagena, cuyo público no era más que un par de familias migrantes como yo. Bailé la cueca más torpe que se ha bailado en el cono sur, pero fue suficiente para ellos. Aplaudieron muchísimo y nos regalaron un terremoto.

Me gustaría que el SERMIG supiera que ese día me convencí de quedarme en un lugar lleno de gente como yo: dispuestos a aplaudirnos el puro esfuerzo de haber llegado, de estar aquí y de tener el entusiasmo infinito de bailar al ritmo de una música con la que no crecimos, pero con la que estamos dispuestos a hacerlo ahora. Desde entonces, mi cueca ha mejorado y eso al SERMIG debería importarle también.

Llevo muchos meses leyendo y escuchando a chilenos y chilenas hablar sobre lo que es para ellos ser de esta franja de tierra. Tres años escuchándolos con atención y preguntándome una y otra vez cómo sus respuestas me interpelan, qué tienen que ver estos sentimientos conmigo, con mi hogar y con mi supuesto abandono de él.

La palabra México significa en náhuatl, “el ombligo de la luna”. Cada tanto me da vueltas esta etimología del país en el que nací. ¿Qué significa ser del ombligo de la luna?, ¿de ese país norteamericano del sur global?, ¿de ese país con una perpetua crisis de identidad?, ¿qué significa para mí ser de ese país puente – puerto – nodo?, ¿qué ha hecho de mí el criarme en un país tan amoroso como violento, tan cálido como cínico, tan luminoso como desolador?, ¿qué le pasa a una habitante del ombligo del mundo cuando cambia su residencia a la larga pantorrilla?, ¿qué estaba pensando?, ¿qué esperaba que iba a pasar?, ¿cómo vivir cuando de quién alguna vez estuve atada por el ombligo se quedó en el otro hemisferio y me espera?

Recientemente llegué a vivir a un pasaje con casas rojas que me hace sentir como una persona de verdad. Como una persona que puede dejar de usar cosas prestadas de departamentos ajenos y hacerse de su propia cama y su propio sartén y hacer comida de verdad. El otro día G me hizo notar que nuestra casita del pasaje de casas rojas mira al norte, “a Xalapa”, dijo. Y yo lloré como la primera vez que me despedí de mi primera casa. Aquella vez, porque sentí que algo se me estaba extirpando; esta vez, porque sentí que algo estaba volviendo.

Una mujer puede irse sin dar explicaciones, y una mujer puede decidir cuándo ese “irse” se transforma en un “llegar”.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco profundamente la confianza y generosidad de Paola, Yolanda, Andrea, Teresa y Dagne, por compartir sus experiencias con valentía y autenticidad.

Extiendo mi reconocimiento al Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, CONVOCATORIA 2025, a la Editorial Cuarto Propio, y a GDiseña, quienes han hecho posible la materialización de este proyecto, brindando recursos, tiempo y acompañamiento en cada etapa.

Gracias a Karem Pérez Ascencio por su valiosa colaboración, realizada con compromiso y dedicación.

Finalmente, a quienes hoy leen estas páginas: gracias por sumarse a escuchar, prestar atención y cultivar el deseo de comprender las experiencias de mujeres migrantes, quienes contribuyen a hacer de nuestra ciudad un territorio diverso y profundamente humano.

